

LA SOCIOLOGÍA Y EL TIEMPO DE TRABAJO

IMANOL ZUBERO

Universidad del País Vasco
Departamento de Sociología
Apdo. 644 - 48080 Bilbao
cipzubei@lg.ehu.es

ABSTRACT

■ *La organización capitalista del tiempo de trabajo se ha convertido en la forma en que el conjunto de la vida humana se organiza en las sociedades modernas. En la práctica, esto significa que todo el tiempo humano, tanto individual como social, se encuentra subordinado a la lógica del capital. Superar esta situación exige poner en práctica una nueva política del tiempo que permita dejar atrás la sociedad salarial.*

■ *Lan-denboraren antolaketa kapitalista gizarte modernoetako giza bizitzaren osotasuna antolatzeko modu bihurtu da. Praktikan, honek esan nahi du giza denbora bere osotasunean, bai banakakoa eta bai soziala, kapitalaren menpe dagoela. Egoera hau gainditzeko denbora-politika berria jarri behar dugu indarrean, honen bidez gainditu ahal izateko soldata-gizartea.*

■ *Capitalist organization of time-working has become a way to organize the whole life in the modern societies. In fact, it means that all the human time, as much indi-*

vidual as social, is subordinate to the logic of the capital. To surpass this situation demands to develop a new policy of the time that allows to leave the wage society.

PALABRAS CLAVE:

Tiempo de trabajo

Pero en ese nuevo tipo de conflictos no se trataba ya de tiempos locales, la historia de las batallas descubría la deslocalización como precipitación hacia un último récord metafísico, olvido final de la materia y de nuestra presencia en el mundo, más allá de la barrera del sonido, y más allá de la barrera de la luz. (Virilio, 1998: 128)

Cada sociedad, cada cultura, tiene su propio tiempo. En cada sociedad, en cada cultura, un tiempo local –una vivencia socialmente construida del tiempo– estructura el espacio. “Todas las culturas –escribe A. Giddens– han poseído de una u otra forma modos de calcular el tiempo así como formas de situarse en el espacio. No existe sociedad cuyos individuos no tengan un sentido del futuro, el presente y el pasado. Toda cultura posee algún tipo de marcadores espaciales normalizados que indican una particular conciencia de la localización”. En condiciones de premodernidad el tiempo y el espacio se vinculaban “*mediante la situación en un lugar*” (Giddens, 1995: 28). En efecto, la realidad de la vida cotidiana se organiza alrededor del “aquí” de mi cuerpo y el “ahora” de mi presente. Sólo el tiempo y el espacio, un tiempo y un espacio siempre particulares, nos permiten estar localizados. “Somos tiempo encarnado”, afirma M. Castells (1997: 463). Es cierto; si algo somos las personas es tiempo: tiempo pasado (memoria) y tiempo futuro (porvenir). Dejamos de ser cuando nuestro tiempo se cumple, cuando se nos acaba el tiempo. Por eso, pensar el tiempo social es tanto como pensar la sociedad.

Si las personas somos fundamentalmente tiempo y espacio, y si tanto el espacio como el tiempo son construcciones sociales (como señalaron pioneramente los sociólogos del *Année sociologique* con Durkheim a la cabeza, ni el espacio ni el tiempo homogéneos son datos naturales del espíritu humano), destaca inmediatamente la relevancia que el control de la capacidad de definir las coordenadas espacio-temporales tiene en cada sociedad. Dice el Eclesiastés que “todo tiene su momento y cada cosa su tiempo bajo el cielo”, pero: ¿quién discierne los tiempos? ¿quién indica el momento oportuno para cada cosa? ¿cómo se realiza tal discernimiento? Marcar los tiempos ha sido siempre una tarea fundamental. Desde esta perspectiva cobra todo su sentido la conocida afirmación de L. Mumford en el sentido de que “el reloj, no la máquina de vapor, es la máquina-clave de la moderna edad industrial” (1982: 31).

PERDER O GANAR EL TIEMPO

Según recuerda A.W. Crosby (1998), el tiempo industrial aparece en la primera mitad del siglo XIV. Con el fin de fundamentar su afirmación, el autor relata cómo el 24 de abril de 1355 el monarca Felipe VI concedió a la alcaldía de Amiens la facultad de señalar por medio del tañido de una campana la hora en que los trabajadores de esa ciudad debían acudir al trabajo por la mañana, la hora del descanso para comer, la hora de volver al trabajo y la hora de finalizarlo. El tiempo de la Naturaleza (los ciclos lunares, los cambios estacionales, los ritmos de las cosechas), que había sido fundamentalmente respetado por el tiempo de la Iglesia, se ve minado a partir del siglo XIV por la irrupción de un tiempo nuevo, voraz, mecánico: el tiempo del Mercado y de la Industria, ligado al puritanismo burgués. Pero no será hasta el siglo XVIII cuando esta nueva percepción del tiempo se imponga. Y utilizamos el verbo “imponer” en su sentido más coercitivo. Y es que “no se pasa fácilmente de un tiempo marcado por un ritmo natural (día/noche, horas, estaciones...) o religioso (fiestas y devociones) como el existente durante largo tiempo en el campo, al tiempo del fichaje” (Gaudemar, 1981: 188).

Como señala Max Weber, el primer y principal obstáculo al que hubieron de enfrentarse los empresarios fue la concepción tradicional de la existencia de aquellos primeros trabajadores provenientes del campo o de pequeños talleres artesanales y su rechazo a cubrir día tras día una jornada de trabajo completa. El recurso al trabajo a destajo, con su corolario de aumento de salario a cambio de aumento de la intensidad del trabajo, fue la zanahoria con la que el empresario pretendía cautivar a sus trabajadores. En un hermoso texto (merece la pena citarlo completo) Weber analiza el fracaso de esta estrategia capitalista entre los primeros empresarios agrícolas, que se rompe al chocar con una gestión del tiempo vital pre-capitalista:

Como el empresario busca obtener el maximum de producto aumentando la intensidad del trabajo, trata de hacer coincidir al trabajador en su interés por acelerar la recolección alzando los destajos, ofreciéndole así el medio de obtener en poco tiempo una ganancia extraordinaria para él. Pero aquí surgen ciertas dificultades que son características de la mentalidad tradicionalista en el obrero: el alza de los salarios no aumentó en los trabajadores la intensidad de su rendimiento, sino que más bien hubo de disminuirla. Un obrero, por ejemplo, gana un marco diario por cada cahíz de grano segado, y para ganar al día dos marcos y medio ha de segar dos cahíces y medio; si el precio del destajo se aumenta en veinticinco céntimos diarios, el mismo hombre no tratará de segar, como podía esperarse, tres cahíces, por ejemplo, para ganar al día tres marcos con setenta y cinco céntimos, sino que sólo seguirá segando los mismos cahíces de antes, para seguir ganando los mismos dos marcos y medio, con los que, según la frase bíblica, “tiene bastante”. Prefirió trabajar menos a cambio de ganar menos también; no se preguntó cuánto podría ganar al día rindiendo el máximo posible de trabajo, sino cuánto tendría que trabajar para seguir ganando los dos marcos y medio que ha venido ganando hasta ahora y que le bastan para cubrir sus necesidades tradicionales. Esta conducta es un ejemplo de

lo que he llamado “tradicionalismo”: lo que el hombre quiere “por naturaleza” no es ganar más y más dinero, sino vivir pura y simplemente, como siempre ha vivido, y ganar lo necesario para seguir viviendo (Weber, 1979: 58-59).

En su conocido trabajo titulado *Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism*, E. P. Thompson se refiere a uno de los primeros códigos dirigidos a regular y gobernar a una mano de obra que, en nombre tradiciones como la del San Lunes, se mostraba absolutamente refractaria a las exigencias temporales de la recién nacida industria fabril: “Con el fin de que la pereza y la villanía sean detectados y los justos y diligentes premiados, he creído prudente crear un control del tiempo por un Monitor, y ordeno y por esta declaro que de 5 (de la mañana) a 8 (de la tarde) y de 7 (de la mañana) a 10 (de la noche) son 15 horas, de las cuales se toma 1 y media para el desayuno, almuerzo, etc. Habrá por tanto trece horas y media de servicio neto...” (Thompson, 1984: 273). El tiempo industrial aparece asociado a la productividad y, por lo mismo, identificado con la disciplina. Más aún: en la industria capitalista el tiempo *es* la disciplina. Muy pronto, ya desde los primeros compases del capitalismo industrial, los empresarios van a constatar que disciplinar el tiempo de trabajo es la mejor manera de disciplinar al trabajador.

En su origen, el control del tiempo va a ser no tanto una nueva técnica del uso del cuerpo en el trabajo cuanto una técnica de vigilancia. Para ejercer esta vigilancia se recurrirá en un principio a medios tan rudimentarios como la prolongación de la jornada de trabajo: la jornada es larga, sostiene J-P. de Gaudemar, “porque los obreros son refractarios al trabajo fabril y así lo muestran claramente”; y concluye: “La duración de la estancia cotidiana del obrero en la fábrica puede en efecto analizarse desde la óptica de un control generalizado sobre su vida; cuanto más larga sea esa estancia, más cortos serán sus ratos de permanencia en los lugares en los que el control patronal no puede ejercerse: por ejemplo, el cabaret” (Gaudemar, 1991: 54). El ideal de la fábrica capitalista es el de la institución total. El aprendizaje del nuevo empleo del tiempo es el principal objetivo de la disciplina en la fábrica.

A este respecto, no podemos dejar de referirnos al ya clásico artículo de S. Marglin *What Do Bosses Do? The Origins and Functions of Hierarchy in Capitalist Production* (original de 1974), en el cual critica los análisis convencionales sobre los orígenes de la división del trabajo y el sistema fabril, afirmando por el contrario que ambos se introdujeron no por razones de eficacia, sino porque ofrecieron al capitalismo los medios para ejercer un mayor control sobre su fuerza de trabajo y una oportunidad para hacerse con una mayor proporción del excedente. Frente a la idea establecida de que el auge de la fábrica se debió a la introducción de la maquinaria basada en la energía no animal, Marglin desmintió la llamada “superioridad tecnológica” de la fábrica y con ello sus orígenes exclusivamente tecnológicos. Las fábricas existían mucho antes que la maquinaria basada en la energía no animal, y lo que estaba en juego en la Revolución indus-

trial no era la eficacia, sino el poder social, la jerarquización y la disciplina de la mano de obra. Marglin va a mostrar, de esta forma, algo tan evidente como olvidado: que el sistema capitalista de producción es fruto de un largo proceso histórico, que no es “natural”, sino que va gestándose a través de una feroz lucha con otros sistemas de producción existentes en las diversas etapas y lugares; y que en esa lucha un elemento fundamental va a ser la alienación del trabajador, su control por el capitalista, para lo cual su concentración en la fábrica va a ser un paso imprescindible.

También se recurrirá al pago de unos salarios tan bajos que, en ausencia de otra forma de ganarse el pan¹, obligaran a soportar largas jornadas de trabajo en las fábricas; o al trabajo de los niños, mucho más maleables que los adultos (Gorz, 1995: 37).

Analizando la industrialización en el País Vasco, L. Castells destaca el esfuerzo patronal que fue necesario realizar para hacer productiva a la mano de obra en las minas de hierro de Vizcaya, habituando a los mineros a realizar su trabajo dentro de una fuerte disciplina, cumpliendo un horario regular, con el fin de ir haciéndoles asimilar con “naturalidad” unos determinados códigos de esfuerzo y producción. Incluso en localidades guipuzcoanas como Eibar, donde las dificultades para introducir los nuevos hábitos de trabajo van a ser mucho menores debido a su tradición artesanal y manufacturera, también fue preciso “romper con ciertas prácticas y establecer un modelo de trabajo que incentivase el rendimiento del operario” (Castells, 1993: 193-194). Estas dificultades para extender entre los trabajadores la nueva cultura industrial perdurarán hasta bien entrado el siglo XX en países como Estados Unidos entre una inmigración precedente de las regiones más tradicionales de Europa (Gutman, 1988; Montgomery, 1985).

Represión, expropiación y seducción se aliarán en esta tarea de convertir en “normal” un modelo de trabajo que chocaba frontalmente con la concepción de trabajo no capitalista, con la cultura y hasta con la antropología de quienes se

¹ Durante la segunda mitad del siglo XVIII existieron en Inglaterra diversas leyes que buscaban garantizar los mínimos de subsistencia para quienes no disponían de trabajo o de tierras propias. La más famosa de estas leyes fue la denominada Ley de Speenhamland, promulgada en 1795, según la cual se decidía la concesión de subsidios complementarios de acuerdo con un baremo establecido a partir del precio del pan, así como se aseguraba a los pobres unos ingresos mínimos *independientemente de sus ganancias*, garantizándose así el “derecho a vivir”. Según esta ley, un hombre podía recibir socorros, incluso cuando poseía un empleo, siempre y cuando su salario fuese inferior a la renta familiar establecida de acuerdo con un baremo. Pero el sistema salarial, base del naciente sistema industrial, exigía la abolición del “derecho a vivir” tal y como había sido proclamado en Speenhamland pues, como señala K. Polanyi, “en el nuevo régimen económico, nadie trabajaba por un salario si podía ganarse la vida sin hacer nada”. Y así se hizo, con la *Reform Bill* de 1832 (reforma de la ley electoral) y la *Poor Law Amendment Bill* de 1834 (enmienda a la ley de pobres), disposiciones que han sido consideradas como punto de partida del capitalismo moderno.

veían forzados a acudir a las minas y a las fábricas. En definitiva, a través de todo un conjunto de intervenciones variadas lo que pretendieron muchos patronos fue “intervenir tenaz y duraderamente en la vida –y no sólo en el trabajo– de los obreros” (Sierra Alvarez, 1990: 3). Intervenir en el tiempo de trabajo se mostrará como una vía extraordinariamente eficaz para intervenir sobre el conjunto de la vida de los trabajadores.

Pero el principal problema que se va a plantear respecto al trabajo en los orígenes del capitalismo fabril no va a ser el de hacerlo obligatorio, sino atractivo. La sola represión, la disciplina por la disciplina, era insuficiente para extender y mantener la nueva concepción del trabajo. El nuevo trabajo no podía ser una especie de “trabajo forzado”, no podía ser vivido como una actividad de esclavos. Por ello, era fundamental que los trabajadores asumieran la nueva situación hasta el punto de participar en ella. Era preciso que consintieran la nueva situación, que la asumieran como normal o, al menos, como inevitable. Esto se logró a través de ciertas mediaciones que produjeron la *transformación del poder en orden*. Con otras palabras: lo que en un principio podía ser percibido como resultado del puro ejercicio de la fuerza, a través de una serie de mecanismos acabó por percibirse como una realidad ordenada, de tal forma que la apariencia de *orden* encubrió e hizo que se perdiera la perspectiva de su dimensión de poder (Lechner, 1986). La nueva realidad social fue perdiendo ante las personas su carácter de construcción y cada vez más empezó a ser percibida como una realidad que *está ahí*, una realidad *natural*. El acuerdo social sobre la realidad construida, su reconocimiento social, llegó a ser tan poderoso, que se fue perdiendo toda perspectiva de encontrarnos ante el resultado de un proceso. Y la mayoría de la población acabó por dar su *consentimiento* a la nueva situación. El nuevo orden simbólico se asentó sobre la imposición de estructuras cognitivas coherentes y sistemáticas que parecían estar objetivamente en consonancia con las nuevas estructuras objetivas del mundo social, generándose así una *consonancia prerreflexiva* que facilitó la sumisión dóxica al orden establecido (Bourdieu, 1997: 115-122). En esta tarea, la educación jugó un importantísimo papel. Como ha analizado J.A. Piqueras (1988), la transformación jurídica y de las relaciones de producción que estaba dando paso a la sociedad capitalista no significó un cambio inmediato y radical de la visión de la realidad, que para la mayoría de la población seguía anclada en la tradición. Y si la consolidación del sistema naciente dependía del respaldo que consiguiera encontrar, tanto social como ideológicamente, la educación se convirtió desde el comienzo del proceso revolucionario burgués en un factor fundamental para trasplantar a la mayoría del pueblo la nueva forma de ver y entender el mundo. La objetivación del tiempo, la transformación del tiempo genérico en un objeto compuesto por horas, minutos y segundos, y la organización de toda la vida humana en derredor de esta pauta mecánica, fue el resultado de esta naturalización de un determinado uso capitalista del tiempo.

La Revolución industrial, pues, puede analizarse como un prolongado y conflictivo proceso de cambio en el marco legitimador de los comportamientos económicos y, en general, sociales. Se trata de esa *great transformation* que describe K. Polanyi, y que supuso el fin de todo un sistema cultural y su sustitución por otro, trastocando totalmente el sentido del trabajo, del tiempo, de las relaciones interpersonales, de las solidaridades intra e intergrupales, de la orientación de los deseos y metas, de la relación con la naturaleza. Finalmente, el tiempo mecánico, funcional a los requerimientos de la nueva era industrial, acabó por imponerse al conjunto de la existencia humana convirtiéndose en una *segunda naturaleza*: “Los embarazos humanos siguieron durante nueve meses, pero el ritmo de casi todo lo demás en la vida fue acelerado, el instante se contrajo, y los límites fueron arbitrariamente recortados, no en términos de la función y de la actividad, sino en términos de un sistema mecánico de cómputo del tiempo. La periodicidad mecánica ocupó el lugar de la orgánica y funcional en cada sector de la vida en donde la usurpación era posible” (Mumford, 1982: 220).

EL TIEMPO ES ORO

“Piensa que el tiempo es dinero. El que puede ganar diariamente diez chelines con su trabajo y dedica a pasear la mitad del día, o a holgazanear en su cuarto, aún cuando sólo dedique seis peniques para sus diversiones, no ha de contar esto sólo, sino que en realidad ha gastado, o más bien derrochado, cinco chelines más” (*Advertencias necesarias a los que quieren ser ricos*, 1736). “El que disipa diariamente una parte de su tiempo por valor de un céntimo (aun cuando esto sólo suponga un par de minutos), pierde, día con otro, el privilegio de utilizar anualmente cien libras. Quien dilapida vanamente un tiempo por valor de cinco chelines, pierde cinco chelines, y tanto valdría que los hubiera arrojado al mar” (*Consejos a un joven comerciante*, 1748). Estos principios formulados por Benjamín Franklin representan mejor que ninguna otra cosa el nuevo *ethos* capitalista y el papel fundamental que en el mismo juega la nueva vivencia del tiempo..

Sólo si hay un tiempo que ganar –sólo si hay ganancias que dependan del uso que se haga del tiempo– hay un tiempo que perder, un tiempo que puede pero no debe perderse. Sólo en este caso se torna imperativo el más eficaz uso del tiempo social. Y esta eficacia empieza por una más apropiada definición (es decir, construcción) del hecho social tiempo y por una más perfecta medición del mismo.

En realidad el trabajo, en su sentido moderno, nace ya como *tiempo de trabajo*. Si el trabajo está en la base del intercambio de las mercancías, si el trabajo se convierte en la medida universal, ello quiere decir que es posible comparar entre sí toda la inmensa variedad de actividades a las que denominamos trabajo. ¿Cómo es posible hacer tal cosa? Como señala D. Méda, en un principio Adam

Smith propone dos criterios susceptibles de ser utilizados para medir y comparar el trabajo: la habilidad o destreza requerida y el tiempo dedicado. Pero, dado que la primera es de difícil evaluación, finalmente optará por el criterio más homogéneo y abstracto: el tiempo. “El trabajo no es ya sólo *como* el tiempo, *es* tiempo: el tiempo es su materia prima, su constituyente” (Méda: 1998: 52).

Esta concepción abstracta del trabajo como tiempo de trabajo no sólo va a permitir constituir una medida universalmente válida; va a permitir, especialmente, concebir el trabajo como una materia susceptible de ser dividida en cantidades idénticas, en unidades de trabajo sencillas, combinadas mecánicamente y repartidas entre varias personas a modo de repetición infinita de una serie de operaciones. Va a permitir la división técnica del trabajo científicamente organizada.

Así pues, en el capitalismo el tiempo es oro. Y la lucha por el control del tiempo –o la utilización del tiempo como arma de combate– hizo su aparición: “El ahorro de tiempo se convirtió en una parte importante del ahorro de mano de obra. Y a medida que el tiempo se acumulaba y se ahorraba, se volvía a reinvertir como el capital, en nuevas formas de explotación. Los primeros patronos paleotécnicos hasta robaron tiempo a sus obreros haciendo tocar la sirena de la fábrica un cuarto de hora más temprano por la mañana, o moviendo las manecillas del reloj más deprisa a la hora de la comida: donde la ocupación lo permitía, el obrero a menudo estaba a la recíproca cuando el patrón había vuelto la espalda” (Mumford, 1982: 219).

Lo que estaba en juego era mucho más importante que el dinero; lo que estaba en juego era la vida. Entre la reivindicación de las ocho horas de trabajo-ocho horas de reposo-ocho horas de educación enarbolada por primera vez el 1º de Mayo de 1886 en Estados Unidos y el actual debate sobre las 35 horas hay un poderoso hilo conductor: la convicción de que por la puerta del control sobre el tiempo de trabajo se estaba introduciendo en las sociedades modernas el control de la totalidad de la vida de los individuos. La historia de las luchas obreras por la reducción de la jornada de trabajo ha sido y es manifestación de una más profunda “guerrilla cotidiana por la ocupación del tiempo” (Gaudemar, 1981: 189) en la que se enfrentan inexorablemente el objetivo empresarial de convertir el tiempo en capital y el objetivo obrero de rescatar tiempo para la libertad. La guerra del tiempo continúa hoy abierta.

LA TIRANÍA DEL TIEMPO REAL MUNDIAL

Como hemos señalado al comienzo de esta reflexión, el tiempo es local. Sin embargo, hoy vivimos la universalización de un determinado tiempo originariamente local, una auténtica colonización de un tiempo local sobre otros tiempos locales. La globalización es, también, globalización de un determinado tiempo

local. Por primera vez en la historia de la humanidad, hoy vivimos un *tiempo mundial* (Laidi, 1997). Se trata del tiempo tal y como es definido y vivido por las sociedades industriales avanzadas: un tiempo lineal, fragmentado, organizado en derredor de la actividad productiva. Un tiempo caracterizado por su aceleración hasta límites inimaginables; un tiempo que se encoge del mismo modo que se achica el espacio hasta dar la impresión de que ya no hay distancias ni temporales ni espaciales. Esa extraña enfermedad llamada progeria (vejez acelerada) está afectando hoy a las sociedades más desarrolladas en todos sus ámbitos (Toffler, 1981: 30). Todos nuestros productos –tanto materiales como simbólicos– sufren de igual manera este prematuro envejecimiento: a todos ellos se les pasa el tiempo cada vez antes. Ya sean ordenadores o escuelas artísticas, cualificaciones o demandas de consumo, iniciativas de solidaridad o conflictos bélicos: cada vez “duran” menos. D. Dickson lo denomina *caída en desuso incorporada*: “Muchos productos están concebidos de modo que cesen de ser útiles después de un cierto periodo de tiempo con la exclusiva finalidad de estimular la corriente mercantil de artículos de consumo” (1980: 73); los Elliott se refieren a este proceso como *obsolescencia planificada* (Elliott, 1980: 110) y M. Bookchin habla de *obsolescencia incorporada* (1978: 137). Por su parte, A. Gorz introduce la cuestión de la *obsolescencia moral*, provocada por la publicidad (1980: 35). El caso es que las cosas –todas las cosas– cada vez duran menos. Se confirma la poderosa caracterización del impulso burgués que, casi como si de un canto épico se tratara, hicieran Marx y Engels en el *Manifiesto*: “Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma”; o, recurriendo a la sugerente traducción que M. Berman (1991) hace de esta expresión: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*.

Este tiempo mundial es un *tiempo real*. Un tiempo que se ha convertido en el más poderoso recurso económico, un recurso paradójico pues, de la mano de las nuevas tecnologías de la información, el tiempo ideal para el capitalismo globalista es el tiempo real, o, lo que es lo mismo, el tiempo-cero, el no-tiempo. En palabras de P. Virilio, “hoy en día, hemos puesto en práctica los tres atributos de lo divino: la ubicuidad, la instantaneidad y la inmediatez” (1997 a: 19). El ideal del capitalismo global es la abolición del espacio y del tiempo, la más absoluta deslocalización, la liberación de toda limitación para la generación de capital: primero fueron arrumbadas las limitaciones religiosas y morales; ahora están cuestionadas las limitaciones políticas; ¿serán desbordados mañana los límites temporales y espaciales? M. Castells se refiere a la misma realidad con su reflexión sobre lo que denomina el *tiempo atemporal* (1997: 467 ss). Las nuevas tecnologías de la información permiten al capital liberarse de las constricciones del factor tiempo. Gracias a estas tecnologías, por primera vez en la historia de la humanidad se ha constituido un mercado de capital global que funciona en tiempo real.

Pero ese tiempo real mundial se manifiesta como una auténtica tiranía al profundizar en una cada vez más clara tendencia a eliminar la reflexión e interven-

ción del ciudadano en favor de una actividad meramente refleja (Virilio, 1997 a: 85). No es sólo que no haya tiempo que perder, con la consiguiente aceleración de los tiempos humanos con el fin de destinar el menor tiempo posible a actividades no directamente productivas; es que literalmente *ya no hay tiempo*:

Hoy la fatalidad es entonces menos la potencia destructora del átomo que el poder de lanzamiento instantáneo, ese “lanzamiento” que terminará, si no tomamos precauciones, por librarnos de todo poder, y eso sin que la guerra real haya comenzado jamás. De hecho, la cuenta regresiva se ha iniciado. En algunos meses, a lo sumo en algunos años, ya no habrá tiempo de intervenir: la implosión del tiempo real habrá tenido lugar (Virilio, 1997 b: 197)².

La lucha por el control del tiempo, la lucha contra el tiempo, se convierte en el gran objetivo del capitalismo informacional. También el trabajo se ve afectado por esta aceleración del tiempo, aceleración cuyo ideal sería la abolición del tiempo. No podía ser de otra manera, dada su centralidad en las sociedades industriales. El modelo de gestión de la producción ligera basado en el *just-in-time* hace surgir necesariamente un nuevo tipo de trabajador industrial que, paradójicamente, se parece más a un extendido tipo de trabajador pre-industrial que a otros tipos de trabajadores industriales que le han antecedido: se trata del *just-in-time-worker*, del empleado “que viene cuando se le llama, y al que antiguamente se llamaba, simplemente, jornalero” (Martin y Schumann, 1998: 151). Es el trabajador temporal, precarizado o, en el otro extremo pero según la misma lógica, el trabajador de las horas extras: en uno y otro caso, un trabajador cuyo tiempo está totalmente disponible para quien lo pague. Todo su tiempo.

Las empresas de comida rápida se convierten en metáfora de la sociedad moderna: es la *McDonalización de la sociedad* sobre la que ha escrito G. Ritzer (1996), la culminación de una serie de procesos racionalizadores que están en la base de la moderna sociedad capitalista. La paradoja de todos estos procesos en torno al tiempo de producción y de trabajo es que los mismos no ahorran tiempo, sólo lo devoran. La aceleración del tiempo de producción y de trabajo no tiene como objetivo liberar tiempo para la vida. El tiempo ganado gracias a las nuevas tecnologías de producción y organización no se convierte en tiempo liberado del trabajo y de sus exigencias, sino en un nuevo territorio de conquista listo para ser ocupado por la lógica de mercado. En oportunidad para el negocio.

² El ácido escritor norteamericano Joseph Heller, autor de la celebrada *Trampa 22*, nos ofrece el siguiente diálogo en una obra posterior (Joseph Heller, *La hora del recuerdo*, Planeta, 1995):

- Podemos darte un avión –prometió Wintergreen– que lo *hará* ayer.
- ¡*Shhhhh!* – dijo Milo.
- ¡El *¡Shhhhh!*? –dijo el experto en nomenclatura militar–. Es un nombre perfecto para un bombardero silencioso.
- Entonces el *¡Shhhhh!* es el nombre de nuestro avión. Va a mayor velocidad que el sonido.
- Supera la velocidad de la luz.
- Puedes bombardear a alguien antes de decidirlo. Decídelo hoy, ya está hecho ayer.

De ahí que J.J. Castillo utilice el doble significado que en castellano tiene la expresión *ligera* para cuestionar algunas extendidas imágenes del trabajo en el capitalismo informacional:

Producción ligera: ligero viene de *léger*, algo leve, poco pesado, fácil de sobrellevar como carga. Aligerar es hacer ligero, en primer lugar: por tanto, aligerar *el* trabajo es hacerlo *más* llevadero, descargarlo. La connotación no puede ser más positiva. Pero esa misma palabra, aligerar, se usa también en la vida diaria como abreviar, o *acelerar*, tal y como en “aligerar el paso”, esto es, correr *más*. Por tanto, aligerar la producción puede ser aligerar *al* trabajo, esto es, meterle prisa, con estímulos más colectivos que individuales, sobre-cargarlo. Lo que técnicamente se llama “intensificación del trabajo” (Castillo, 1998: 81).

Finalmente, no estamos tan lejos de la práctica durante el siglo XIX del *time cribbing* (tiempo hurtado, es decir, el mantenimiento de la maquinaria fuera de las horas del trabajo) o el *speed up* (aceleración de la producción) con objeto de incrementar la plusvalía empresarial (Berg, 1987: 212). Tanta prisa para avanzar tan poco.

TIEMPO DE TRABAJO Y EXCLUSIÓN SOCIAL

La mejor prueba de que ninguno de los cambios producidos en la gestión del tiempo de trabajo se dirige a liberar tiempo para vivir es la conversión del tiempo de trabajo en la variable que mejor explica los fenómenos de exclusión en las sociedades desarrolladas. Trabajar menos tiempo significa tener que dedicar más tiempo a “buscarse la vida”; perder tiempo de trabajo es tanto como perder tiempo de vida.

R. Castel distingue tres zonas de organización o de cohesión social en las sociedades industriales avanzadas: una *zona de integración*, que configura lo que podíamos denominar la sociedad “normal”; una *zona de vulnerabilidad*, caracterizada por la precariedad del trabajo y la fragilidad de los soportes relacionales; y una *zona de exclusión*, de gran marginalidad, de desafiliación (Castel, 1997). La zona de vulnerabilidad ocupa una posición estratégica, una frontera porosa, fácilmente transitable, menos una tranquilizadora barrera defensiva que un recuerdo permanente del destino posible de la mayoría de las personas: la caída en el agujero negro de la exclusión.

Zonas de organización social

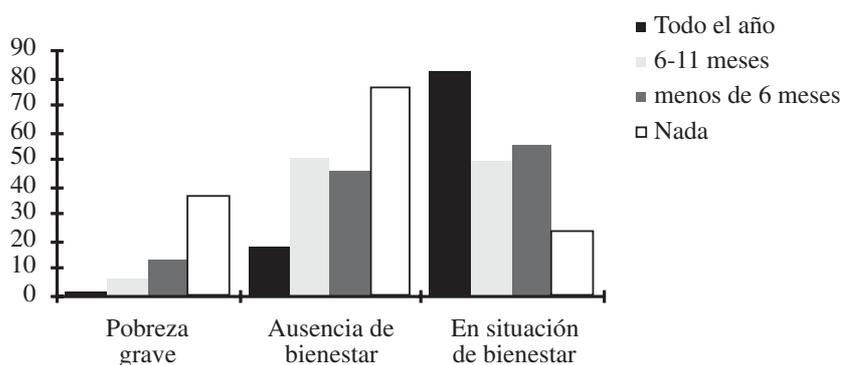
ZONA DE MARGINACIÓN	ZONA DE VULNERABILIDAD	ZONA DE INTEGRACIÓN
paro	precariedad laboral	trabajo estable
aislamiento social	relaciones inestables	relaciones sólidas
insignificancia vital	convicciones frágiles	sentido vital

Una característica importante de la coyuntura actual es la *ascensión de la vulnerabilidad*, el ensanchamiento de esa zona de frontera entre la integración y la exclusión, provocado fundamentalmente por la precarización del trabajo. Esta situación provoca, por un lado, la *inestabilización* de determinadas categorías sociales, como los jóvenes y las mujeres, pero también la *desestabilización de los estables*, ante la entrada en una situación de precariedad de una parte de aquellos que habían estado perfectamente integrados en el orden del trabajo y que ahora se ven excluidos de los derechos de ciudadanía asociados al estatus de trabajador a tiempo completo.

El trabajo, su ausencia o su precarización, es hoy como nunca antes un determinante eje de fractura social. La ocupación es la mejor garantía de bienestar. El tipo de ocupación (es decir, el tiempo de trabajo desarrollado en el último año) presenta una correlación positiva con la incidencia de la pobreza y de la ausencia de bienestar, de manera que a menor tiempo trabajado la incidencia de estas aumenta. Existe una radical diferencia entre quienes han trabajado de forma continuada durante todo el año y el resto de activos.

Fijándonos en datos de la Comunidad Autónoma del País Vasco, quienes han trabajado todo el año apenas sufren riesgo de pobreza grave (tan sólo un 0,6%), riesgo que se eleva hasta el 35,8% entre quienes no han tenido ninguna ocupación a lo largo del año. Las diferencias son aún mayores si atendemos al riesgo de ausencia de bienestar, que asciende desde el 17,9% entre los ocupados continuados hasta el 45-50% de los ocupados discontinuos y el 76,2% de los activos sin ninguna ocupación en el año.

Incidencia del riesgo de pobreza grave y de ausencia de bienestar según el número de meses trabajados en el último año por la persona principal del hogar (%)



Fuente: *Encuesta de Pobreza y Desigualdades Sociales*. Gobierno Vasco, 1996.

Nos encontramos, por tanto, no únicamente ante la precarización de la relación de trabajo sino también “ante la desestructuración de los ciclos de vida normalmente secuenciados por la sucesión de los tiempos de aprendizaje, de los tiempos de actividad y del tiempo ganado y asegurado por la jubilación, una desestructuración marcada por todos los riesgos de desestabilización que esto supone para los modos de vida y las redes relacionales. En otros términos lo que se ve así amenazada ya no es únicamente la integración por el trabajo sino también la inserción social al margen del trabajo” (Castel, 1996: 32).

REPENSAR EL TIEMPO DE TRABAJO

Pero la solución no puede ser, no debe ser, el mantenimiento a toda costa –o a lo sumo su ligera modificación– de la actual estructura temporal del trabajo (ocho horas al día, cinco días a la semana, once meses al año, durante cuarenta años) o, en su defecto, alguna versión *light* de la misma.

Sin duda, uno de los más importantes debates de los próximos años será el que gira en torno a las diversas propuestas de *reparto del trabajo* que hoy se ponen sobre la mesa³. Siendo un debate abierto, por mi parte sólo cabe en este momento dejar

³ R. Cuvillier, *¿Hacia la reducción del tiempo de trabajo?*, OIT, Ginebra 1982; D. Taddei, *Des machines et des hommes. Pour l'emploi, par une meilleure utilisation des équipements. Rapport au Premier ministre*, La Documentation française, Paris 1986; monográfico sobre “Reordenación y reducción del tiempo de trabajo” de *Economía y sociología del trabajo*, nº 15/16, Enero-Junio 1992; B. Cassen, “La hora de repartir el trabajo y sus beneficios”, en *Cuatro Semanas y Le Monde Diplomatique*, Abril 1993; A. Bihl, “Pactos por el empleo: una doble expoliación de los trabajadores”, en *Viento Sur*, nº 10, 1993; J. Albarracín y P. Montes, “El debate sobre el reparto del empleo”, en *Viento Sur*, nº 12, Diciembre 1993; G. Aznar, *Trabajar menos para trabajar todos*, HOAC, Madrid 1994; J. Iglesias Fernández, “Del reparto del trabajo al reparto de la renta”, en *Mientras tanto*, nº 61, 1995; A. Rodríguez, B. Goñi y G. Maguregi (Eds.), *El futuro del trabajo. Reorganizar y repartir desde la perspectiva de las mujeres*, Bakeaz, Bilbao 1996; monográfico de la revista *Ekonomiaz*, nº 34, 1996; J. Robin, “Estrategia para el trabajo-empleo” y J.F. Jimeno Serrano, “Los agujeros negros del reparto del trabajo”, ambos en *El País*, 8 Febrero 1996; J.F. Martín Seco, “Pleno empleo y reparto del trabajo”, en *El Mundo*, 5 Febrero 1996; E. Rojo, “El reparto de trabajo”, en *Noticias Obreras*, Diciembre 1996; A. Barceló y A. Colom, “Reflexiones sobre reducción de la jornada de trabajo y lucha contra el paro en relación con los ciclos vitales de trabajo y consumo”, en *Mientras Tanto*, nº 66, 1996; D. Lacalle, “Notas sobre reparto del trabajo en grandes empresas”, en *Mientras Tanto*, nº 66, 1996; G. Esping-Andersen y P. Adam Bernad, “El reparto del trabajo, un viejo mito que no muere”, en *El País*, 7 Abril 1997; J. Riechman y A. Recio, *Quien parte y reparte... El debate sobre la reducción del tiempo de trabajo*, Icaria, Barcelona 1997; A. Mas-Colell, “Observaciones escépticas sobre el reparto del trabajo”, en *El País*, 13 Octubre 1997; R. Kurz, “La torpeza del capitalismo”, en *Leviatán*, nº 67, 1997; Fondation européenne pour l'amélioration des conditions de vie et de travail, *La semaine de travail comprimée*, Bulletin d'études européennes sur le temps, nº 10, Luxembourg 1997; J. Freyssinet, *Le temps du travail en miettes. Vingt ans de politique de l'emploi et de négociation collective*, Les Éditions de l'Atelier, Paris 1997; A. Recio, *Trabajo, personas, sindicatos*, Icaria, Barcelona 1997; A. Lipietz, *Elegir la audacia*, Trotta, Madrid 1997; Departamento de Justicia, Economía, Trabajo y Seguridad Social, *Empleo y tiempo de trabajo: el reto de fin de siglo*, Gobierno Vasco, Vitoria 1997; VV.AA., *El libro de las 35 horas*, El Viejo Topo, Madrid 1998; A. Rodríguez (ed.), *Reorganización del trabajo y empleo de las mujeres*, Germania, Alzira 1998; R. Jauregui, F. Egea y J. de la Puerta, *El tiempo que vivimos y el reparto del trabajo*, Paidós, Barcelona 1998.

claras dos convicciones: la primera, que reparto del trabajo y reparto de la riqueza (en la forma de un sueldo básico garantizado⁴) forman parte de un mismo paquete; la segunda, que ello no tiene por qué suponer una extensión de la salarización a actividades hasta ahora desarrolladas al margen del mercado.

La reivindicación del derecho al trabajo aparece en la mayoría de los casos asociada a la vieja utopía del pleno empleo a tiempo completo para todos, lo que exige la búsqueda de nuevos empleos que sustituyan o compensen los que se van perdiendo como consecuencia de los avances técnicos. Se descubren “nuevas cuencas de empleo” en sectores y actividades que nunca antes habían recibido la calificación de trabajo. Pero reglamentar administrativamente o monetizar, transformándolas en empleos remunerados, unas actividades cuyo fin no es otro que el de *dar o transmitir sentido* es inevitablemente ponerlas en crisis; incorporar a la lógica del mercado actividades de cuidado, de cercanía, originariamente basadas en el reconocimiento y la gratuidad, ponerlas precio, supondría un bárbaro y totalitario intento por extender la racionalidad económica más allá de la esfera social en la que tiene sentido (Gorz, 1995: 143 y 178-182; Castel, 1997: 450). No es por esta vía por la que se deben gestionar las transformaciones actuales de la sociedad del trabajo: “La dualización de la sociedad será detenida, y luego invertida, no por la imposible utopía de un trabajo apasionante y a tiempo completo para todos y todas, sino por unas fórmulas de redistribución del trabajo que reduzcan la duración de éste *para todo el mundo*, sin por ello descualificarlo ni parcelarlo. Esto es posible. Para evitar una duradera sudafricanización de la sociedad hay que cambiar de utopía” (Gorz, 1995: 99).

En una palabra, la cuestión es esencialmente política y sólo puede recibir respuestas en el marco de un proyecto político de transformación social capaz de generar una nueva *política del tiempo* cuyo objetivo ha de ser el de repartir las economías de tiempo de trabajo según principios de justicia (esas economías son obra de la sociedad entera, de modo que es toda la sociedad la que debe disfrutarlas) y no, tal como está ocurriendo hoy, según principios de mera racionalidad económica. Las medidas que componen una política de redistribución del trabajo y del tiempo liberado tendrán que inscribirse en la perspectiva de una superación de esta sociedad salarial que ha hecho del tiempo de trabajo un simple recurso económico:

El remedio a las patologías sociales que engendra la revolución informacional no puede consistir, por tanto, en crear empleo por todos los medios. La cuestión no es saber qué

⁴ Sobre esta cuestión, ver: R. Theobald *et al.*, *El sueldo asegurado*, Paidós, Buenos Aires 1968; A. Gorz, *Los caminos del paraíso*, Laia, Barcelona 1986; M. Roche, *Rethinking Citizenship*, Polity Press, Cambridge 1992; D. Goujon, *Mutations technologiques, économie distributive et revenu minimum*, L'Harmattan, Paris 1995; Ph. Van Parijs, *Libertad real para todos*, Paidós, Barcelona 1996; y los monográficos de *Zona Abierta*, nº 46/47, 1988, y *Documentación Social*, nº 78, 1990. Una crítica desde la izquierda a la propuesta de los subsidios universales la encontramos en A. Lipietz, *op. cit.*, pp. 108-11.

hacer para que, a pesar del inmenso ahorro del tiempo de trabajo conseguido gracias al cambio técnico, todo el mundo continúe trabajando como en el pasado. La cuestión es saber cómo puede ser transformado ese ahorro de tiempo de trabajo en nuevas libertades individuales y colectivas; en otras palabras, cómo puede ser transformado el tiempo liberado de trabajo a escala de la sociedad en un *recurso*, y cómo puede la sociedad *apropiarse y redistribuir este* recurso de manera que todos y todas tengan acceso al mismo y se conviertan en dueños de su tiempo, dueños de su vida, productores libres de relaciones de cooperación y de intercambio (Gorz, 1994).

Tenemos que hacernos a la idea de que vamos hacia una civilización en la que el trabajo se va a convertir en una ocupación cada vez más intermitente y cada vez menos importante para el sentido de la vida y la imagen que cada uno se hace de sí mismo. Como ha señalado Roger Sue, «el tiempo de trabajo ya no es dominante más que en la medida en que se esfuerzan en hacernos creer que lo es todavía». Para la gran mayoría de las personas la producción de sí mismas, de sentidos y de relaciones sociales se efectúa principalmente fuera del tiempo de trabajo.

Como señala E. Sullerot, “el tiempo es quizá la dimensión más imperiosa y más trascendental de la vida de una mujer” (1988: 389). La mujer experimenta hoy, en afortunada expresión, *hambre de tiempo*. La crítica feminista de esta organización del tiempo se presenta como una oportunidad para repensar los fundamentos de nuestra sociedad capitalista. Una política de liberación de tiempo habrá de dotarse de un objetivo que marque la ruptura entre un pasado en el que la vida estaba centrada en el trabajo y un porvenir en el que predominarán las actividades que no son de trabajo-empleo.

El uso capitalista del espacio ha provocado el enfrentamiento entre dos espacios: el *espacio de la vida*, con sus comunidades humanas, sus espacios territoriales delimitados, su historia, sus lugares con nombre propio, y el *espacio económico*, cada vez más abstracto, discontinuo y abierto: “Podemos ver el resultado –escribe J. Friedmann– en la disolución de los espacios de vida y su progresiva asimilación a espacios económicos. El capitalismo no muestra respeto por la vida. Arrasa los vecindarios para dejar paso a los negocios. Abandona regiones completas, porque los beneficios son mayores en algún otro lugar. Privadas de sus espacios de vida, las vidas de las personas se ven reducidas a una simple dimensión económica como trabajadores y consumidores –por lo menos mientras haya trabajo” (Bluestone y Harrison, 1985: 20). El uso capitalista del tiempo, su reducción a un tiempo real mundial amenaza de igual modo la vida. Una política de liberación de tiempo debe comenzar creando nuevos espacios para nuevos proyectos de vida, lugares para nuevas formas de socialidad en las que el tiempo sea vivido en su dimensión local, situado en coordenadas espacio-temporales que hacen posible una vida humana y no como ese tiempo real, deslocalizado, bueno sólo para las transacciones monetarias especulativas.

Iniciábamos este artículo con una reflexión de P. Virilio sobre la “precipitación hacia un último récord metafísico, olvido final de la materia y de nuestra

presencia en el mundo, más allá de la barrera del sonido, y más allá de la barrera de la luz”. Lo finalizamos con una reflexión del poeta Dylan Thomas (citada por G. Ritzer): “No entres dócilmente en ese sueño. Lucha, lucha con rabia contra la muerte de la luz”. Es mucho lo que nos jugamos, no sólo como trabajadores.

Bibliografía

- Berg, M. (1987) *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Crítica, Barcelona.
- Bluestone, B. and Harrison, B. (1985) *The Deindustrialization of America*, Basic Books, New York.
- Bookchin, M. (1978) *Por una sociedad ecológica*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Paidós, Barcelona.
- Castells, M. (1997) *La sociedad red*, Alianza, Madrid.
- Castillo, J.J. (1998) *A la búsqueda del trabajo perdido*, Tecnos, Madrid.
- Crosby, A.W. (1998) *La medida de la realidad. la cuantificación y la sociedad occidental, 1250-1600*, Crítica, Barcelona.
- Dickson, D. (1980) *Tecnología alternativa*, Blume, Madrid.
- Elliott, D. y R. (1980) *El control popular de la tecnología*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Gaudemar, J-P. (1981) *La movilización general*, La Piqueta, Madrid.
- Gaudemar, (1991) *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*, Trotta, Madrid.
- Giddens, A. (1995) *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona.
- Gorz, A. (1980) *Ecología y política*, Ediciones 2001, Barcelona.
- Gorz, A. (1994) “Para salir de la sociedad salarial”, en *Debats*, n.º 50.
- Gorz, A. (1995) *Metamorfosis del trabajo*, Sistema, Madrid.
- Gutman, H.G. (1988) “Work, Culture and Society in Industrializing America, 1815-1919”, en R.E. Pahl (Ed.), *On Work. Historical, Comparative and Theoretical Approaches*, Basil Blackwell, Oxford.
- Laïdi, Z. (1997), *Un mundo sin sentido*, FCE, México.
- Lechner, N. (1986) *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- Marglin, S.A. (1977) “Orígenes y funciones de la parcelación de tareas. ¿Para qué sirven los patronos?”, en A. Gorz (Sel.), *Crítica de la división del trabajo*, Laia, Barcelona.
- Martin, H-P. y Schumann, H. (1998), *La trampa de la globalización*, Taurus, Madrid.
- Méda, D. (1998) *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Gedisa, Barcelona.
- Montgomery, D. (1985) *El control obrero en Estados Unidos. Estudios sobre la historia del trabajo, la tecnología y las luchas obreras*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.

- Mumford, L. (1982) *Técnica y civilización*, Alianza, Madrid (4.^a).
- Piqueras, J.A. (1988) *El taller y la escuela*, Siglo XXI, Madrid 1988.
- Ritzer, G. (1996) *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*, Ariel, Barcelona.
- Sierra Alvarez, J. (1990) *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Siglo XXI, Madrid.
- Sullerot, E. (1988) *Historia y sociología del trabajo femenino*, Península, Barcelona (2.^a).
- Thompson, E.P. (1984) *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona.
- Toffler, A. (1981) *El "shock" del futuro*, Plaza y Janés, Madrid.
- Virilio, P. (1997 a) *El cibernundo. La política de lo peor*, Cátedra, Madrid.
- Virilio, P. (1997 b) *Un paisaje de acontecimientos*, Paidós, Barcelona.
- Virilio, P. (1998) *Estética de la desaparición*, Anagrama, Barcelona.
- Weber, M. (1979) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona (5.^a).